

SEIS MANERAS DE DECIR DOLOR

1

Hoy te escribo, ¡maldita sea la hora!
buscando en tu recuerdo mi sosiego.
Me encuentro perdido, sin rumbo, ciego,
preso del hastío que me devora.
Errante y sin destino, busco, ahora,
la fuerza que avivaba nuestro fuego;
por momentos me crezco, para, luego,
descubrir la pena que en mi alma mora.
Ya puede la rosa darme su aroma,
o el sol brindarme su claro fulgor,
que nada alzaré mi ser abatido.
Vencido está, al vacío se asoma,
desnudo de fe, mendigo de amor,
tratando de entender por qué te has ido.

2

Reposas a mi lado recostada
y olvido por momentos tus mentiras.
Me llenas de calma mientras respiras
y rezo porque sigas sosegada.
Circundo con mi vista enamorada
-sabiendo que dormida no me miras-,
el brillo de tu piel, y tú suspiras...
¡Oh, deleite de verte reposada!
Ojalá que perdure este momento,
este instante de ira adormecida,
esta paz, esta dulce placidez
-remansada orilla de mi lamento-,
donde encuentra reposo mi afligida
alma del acoso de tu altivez.

3

Confieso que me quedan mil senderos
por andar, caminos no transitados,
cálidos pliegues de rubor sembrados,
donde fulge la sal de tus esteros.
Fuentes sosegadas, ríos enteros
visten de claras aguas, asombrados,
la luz de tus cabellos enredados
en el espejo azul de los luceros.
Persigo la inasible piel esquiva
que huye de mis manos como el viento;
que escapa; que se esconde, recatada,
segura de sí misma, grácil, viva,
avivando de fe mi sentimiento,
alentando mi voz enamorada.

4

Por esta musical melancolía;
por este fresco son de las fontanas;
por esta clara luz de las mañanas,
que a la noche vence y anuncia el día,
que hace alzar el vuelo a la avefría,
pasando de la umbría a las solanas;
por el aire que besa las mesanas
y es timonel certero que me guía
hasta la dulce calma de tu puerto;
por el ansia de goces y de besos
que me brotan si te tengo a mi vera;
por esta desazón y desconcierto,
proclamo, enajenado por mis versos:
¡de nuevo amaneció tu primavera!

¿Qué color guardan tus ojos cerrados?
 ¿Será, tal vez, el color del olvido?,
 ¿la estela fugaz del barco partido?,
 ¿del pescador los sueños amarrados?
 ¡Oh proscritos amantes desterrados,
 que me ocultáis el color intuido,
 de luz, de sal, de espuma presentido,
 presos, tras los párpados, encerrados!
 Mostrad la llama que azulada brilla,
 que sabe calmar mi dolor, mi pena,
 clave del secreto del verbo amar.
 Dejad que el azul inunde mi orilla,
 las olas que besan, dulce, mi arena.
 Abridme los ojos: mostradme el mar.

Del camino plagado de asperezas
 me proviene el mirar tan desolado.
 Vivo asceta, desnudo y descuidado,
 como sólo, frugal, unas cerezas.
 Del amor me sorprenden tus rarezas
 y me siento, a tus ojos, vulnerado.
 ¡Cruel destino vivir desorientado
 frente a la recia fe de tus certezas!
 De amor me muero, pues de amor me matas,
 no encuentro alivio a mi pesadumbre,
 ni bálsamo eficaz para mi llanto.
 ¡Oh, qué cruel el abrazo con que me atas!
 ¡Reclamo a Dios porque su luz me alumbre
 y acabe de una vez con mi quebranto!

Seudónimo: "Melquíades"